Ruiz Olloqui á recoger el estuche que necesitaba....

Mi sorpresa no tuvo ejemplo al ver lo que pasaba.

El patio estaba literalmente lleno de jefes y oficiales imperialistas que pretendían ocultarse en mi casa, sin comprender, acaso, que, ni por las proporciones materiales de esta, ni por el lugar en donde se encuentra situada, ofrecía abrigo eficaz de ningun género; y con mas razon, cuanto que, con ansiedad verdaderamente febril, buscaban los vencedores á los vencidos.

Mi situacion, moral y materialmente hablando, no podía ser mas crítica: dentro de mi mismo hogar, pasaba algo tan perfectamente azaroso, que no era ya capítulo de vida, sino cuestion de muerte; y ello, aun tratándose de mí, que me encontraba ajeno á la exhacerbacion de las pasiones del momento. Pero se trataba del ejercicio humanitario de mi profesion, y de séres, sobre todo, que me pedian un amparo, una sombra en medio de la terrífica luz, de los siniestros fulgores de la muerte.

Para dejar á salvo la inmensa dificultad, era preciso y á toda costa, apelar al apoyo material de los vencedores; como éste no podía obtenerse en aquellos momentos de vértigo y acaso hasta de fascinacion, me fué preciso llamar á mi hermano el General Refugio Gonzalez que había llegado con las fuerzas republicanas y que, por su carácter entre ellas

y sus razones de afinidad para conmigo, así como por sus buenos sentimientos, era el que podía salvarnos á todos.

¿Hubo en esto, por mi parte, un crímen?...

Cuesta muy poco *hablar mal*, y costaría tanto *probar bien*, que ¡cuántos, bajo la obcecacion de las peores pasiones, tendrían que anonadarse bajo el influjo de la verdad!

III

En vista de lo que pasaba, que no podía ser peor, volví á buscar al General, con el fin de advertirle que la situacion era muy grave; suplicándole al mismo tiempo que no pensara en más que en salvarse.

Cierto es que, en circunstancias como en la de que me ocupo, toda tentativa de evasion parecía inútil.

¿Cómo escapar de la ciudad cuyo recinto estaba cercado por un círculo de fuego, y que cada vez se estrechaba más, con el fin de que nadie quedase oculto, sustrayéndose á la accion del castigo?

Mis justas observaciones, sin embargo, no fueron atendidas por el Sr. Miramon. Ignoro si su carácter inflexible ó sus convicciones íntimas le animaban en medio del peligro, pero es el caso, que en tales momentos, su calma no podía ménos que ser asombrosa.

—"Señor, volví á decirle, creo que no hay tiempo que perder: mi hermano el General Refugio Gonzalez, no tardará mucho en llegar aquí. Mis últimos elementos, lo único de que puedo disponer, los pongo á la órden de Vd: es un traje de cuero y mi caballo alazan de raza árabe, cuya ligereza no tiene igual. Tengo, además, otro caballo, el que usaba mi hija, lo pongo á disposicion del General Casanova, y para que acompañe á Vds., á Marcial, criado que merece toda mi confianza y que, conocedor del terreno, puede llevarlos con entera seguridad, hasta ponerlos fuera de peligro."

—"No es necesario aun, me dijo con calma estoica el Sr. Miramon. Tengo la seguridad de que, por lo pronto, ningun peligro me amenaza. Cuento con varios amigos entre los republicanos, y ninguno de ellos pretendería hacerme daño. No obstante, algo que no quisiera perder en caso fortuito, desearía ponerlo á salvo: es una pistola que tiene para mí inapreciable mérito. ¿Tuviera Vd. la bondad de guardarla en lugar seguro?"

—"Es difícil, le repliqué, ocultar un arma en medio del cateo de que es objeto la ciudad; porque, entiéndalo Vd., hay muchas personas á quienes se busca con verdadero interés. Pero, no importa, la pistola de Vd. será guardada por mi hermana." Y llamándola, la hice ceñir bajo su bata, la pistola del general.

Despues de algunos momentos de angustia para mí, en los que presa de la mayor inquietud, no cesaba de entrar y salir para observar el peligro que nos rodeaba, volví al cuarto del Sr. Miramon para suplicarle de nuevo que no dilatase mas su evasion, porque acaso mas tarde, sería imposible.

Contaba para ello con la confusion, que en tales circunstancias era aprovechable; al ménos la oportunidad que ofrecía el hecho, de que todos parecían ocuparse únicamente de la captura del Archiduque de Austria, sobre cuya figura se hallaba fija la atencion de los vencedores de Querétaro.

Maximiliano, segun dicen, había rehusado desdeñosamente ocultarse cuando álguien se lo propuso, dando órden de retirarse al cerro de las Campanas, en donde se proponía reunir los restos de su desmoralizado ejército, para abrir un portillo y, exponiendo todo, romper la línea de los sitiadores; esperando, entre tanto, la reunion de la tropa y la llegada del Sr. Miramon, cuya suerte parecía preocuparle.

Los republicanos, que en su mayor parte habían ocupado la ciudad, parecían no fijarse en otra cosa que en perseguir y alcanzar á los dispersos, los cuales, instintivamente huian al cerro de las Campanas, buscando allí un refugio, como los naúfragos la última tabla.

Esta oportunidad, repito, estos momentos de fie-

bre y de desórden, fué la que debió haber aprovechado el Sr. General Miramon para ponerse á salvo, dirigiéndose por rumbo distinto del que llevaban los vencedores.

Mi criado conocía el camino, las veredas, los vericuetos, y pudo haberlo salvado; al ménos, había alguna probabilidad de conseguirlo, por mas que arriesgara la vida.

El que esto escribe, preparó cuanto estuvo á su arbitrio y en su mano para conseguir tal y tan noble objeto; pero el Sr. Miramon se obstinó en permanecer en mi casa, como si nada tuviera que temer en ella, recordándome únicamente que estaba herido y que, como médico, tenía que curarlo.

Su calma me inquietaba.

El tiempo trascurría y mi zozobra era cada vez mas visible. Justo y fundado presentimiento me hacía comprender que el General iba á ser víctima, no quiero decir de su indolencia, sino de la confianza que, á mi juicio, no debió haber tenido en aquellos críticos momentos.

¿Que esperanza alentaba?

Lo ignoro; pero en sus palabras tranquilas, en su semblante sereno é inmutable, y hasta en ciertos sueños fantásticos, que yo no vacilaba en calificar de delirios, revelaba el Sr. Miramon, que no temía el peligro ó que estaba muy distante de él.....

Despues de un intervalo demasiado largo, en el cual hubo que vencer varias dificultades, recibí los instrumentos quirúrgicos que tenía el Dr. Olloqui; pero, como lo había previsto, fueron del todo inútiles..... Sin embargo, practiqué un reconocimiento en la herida del Sr. Miramon, y no encontré el proyectil que se la causara.

En cambio, el dolor que le produjo la pinza y el esfuerzo que hice para desprender la esquirla, fué intenso y, por lo mismo, me suplicó el General, que no me ocupara mas de extraerla. Tal vez llegó á persuadirse de que, en efecto, no tenía incrustada en la mandíbula, la bala que lo lesionó.

Yo, entre tanto, que no cesaba de observar cuanto ocurría en la ciudad y, particularmente, en las inmediaciones de mi casa, noté que en la próxima se buscaba con encarnizamiento al General Ramon Mendez, quien tambien se vió en la imposibilidad de reunirse con el Emperador; que muchos soldados invadían las azoteas, que se guardaban las salidas por todas partes y que numerosos grupos de gente armada recorrían la calle.

No me cabía duda: como lo había previsto y hecho notar al Sr. Miramon, el peligro había llegado.

Se sabría ó nó que se encontraba en mi casa; pero cuando ménos, la casualidad iba á descubrirlo. Si el Sr. General Mendez no era hallado en la casa

donde se le suponía oculto, sus perseguidores le buscarían en la mía, y en ese caso, la captura del Sr. Miramon sería inevitable.

Parece que el destino lo dispuso así.....

En esos momentos llegó mi hermano el General Refugio Gonzalez.

Siendo de mi familia, mi domicilio era el suyo; por lo mismo, entró en él con la confianza que era consiguiente; y aunque vió todos los departamentos ocupados por jefes y oficiales imperialitas, no manifestó por ello, sorpresa de ningun género, ni ménos reveló en su semblante, que sentía ódio y mala voluntad hácia aquellas personas doblegadas por el infortunio. Dirigiéndose en seguida á la recámara del Sr. Miramon, le saludó afectuosamente diciéndole algunas palabras tranquilizadoras, consiguientes en aquellos momentos en que, el adversario, había dejado de serlo, por hallarse vencido.

Pidióle despues permiso para entrar á saludar á mi hermana, y se retiró.

Pocos minutos habían pasado, cuando se presentó en la casa un piquete de infantería á las órdenes de un oficial que, segun he sabido mas tarde, se apellidaba "Segura". En seguida, situando su fuerza del modo que juzgó conveniente, pasó á reconocer las habitaciones y dirigiéndose al lecho del Coronel

Manuel Prieto, lo intimó á levantarse, preguntándole:

—"¿Quién es Vd.?"

—"Ayudante de S. E. el Sr. General Mejía"

—"Levántese Vd."

"No puedo," dijo Prieto, y mostró, descubriéndose, al oficial Segura, su brazo recientemente amputado.

Este oficial tomó nota del enfermo; y dirigiéndose despues á los demás, hizo lo mismo, escribiendo en su apunte el nombre y graduacion de los que, desde ese momento, eran considerados como prisioneros de guerra.

Abrió en seguida la mampara de la pieza en donde se encontraban los Sres. Miramon, Casanova y otros jefes, y dirigiéndose al primero, le pidió su nombre.

—"General Miguel Miramon," le dijo con tal entereza y aplomo, que Segura pareció sorprenderse al ver aquella energía que revelaba todo lo de que era capaz el alma del Sr. Miramon, templada en el combate y á prueba de todo infortunio.

Segura lo interrogó de nuevo, y de nuevo le dió el General su nombre, sin inmutarse en lo mas mínimo.

Consignados en el apunte del oficial los de todos los prisioneros, se volvió á sus soldados para darles órdenes que ignoro aun cuáles fueron, pero que pu-